fatal dato para cualquier malicioso que no conociera lo que allí había pasado.

— Señora—manifestó Martín sonriendo, —le agradezco su empeño, pero no se tome grandes molestias por conseguirlo. Yo lo intentaré por otro conducto.

—¡Oh! es usted lo más impertinente... Pero no esté usted más aqui. Petra, llévale fuera... ¡Oh, qué pesadez, tanto tiempo aquí!

— Ya me voy, señora—dijo Martin;—deseo á usted mejor salud de la que ha tenido esta noche. Adiós.

Y salió, dejándola en un estado que no podemos decir si era de ira ó de abatimiento, si de despecho ó de dolor.

— Entretanto, Muriel salia y tomaba el camino de su casa, creyendo que nadie reparaba en su persona. ¡Qué error! La confusión y aturdimiento de que iba poseído, le impidieron sin duda reparar que un hombre embozado, que á alguna distancia del portal de la casa estaba paseándose, le vió salir y le siguió después desde lejos por todas las calles que fué preciso recorrer para llegar á la de Jesús y María.

#### CAPITULO XII

### El doctor consternado.

1

Dijimos que Martín no sospechaba, durante su largo trayecto, que una persona le veia y le seguiá; pero esta persona si le observó muy bien y no paró hasta no quedar segura de la vivienda en que el joven penetró ya á hora bastante avanzada. El desconocido desandó al fin lo andado y se retiró á su casa, donde le dejaremos hasta el dia siguiente, en que á la luz del dia y sin embozo ni disfraz alguno salió, permitiéndonos conocerle. Era el famoso marqués á quien el lector conoce por el de las pastillas mejor que por otro titulo alguno.

No hagamos caso de la tristeza y abatimiento que en su semblante se retratan. Las causas de esto nos las va á revelar él mismo poco después, cuando, en casa del doctor Albarado, entabló con este grave funcionario un animadisimo diálogo. Era aún algo temprano, y el buen doctor saboreaba con sibaritismo su buen guayaquil.

— ¿Qué hay, qué trae usted, señor marqués? — preguntó el doctor fijando los ojos en la alterada fisonomía del recién llegado.

— Lo que yo presumía, lo que yo le dije á usted ayer; pero nunca crei que llegara á tal extremo... — contestó el marqués con agitación.

—Pero me está asustando usted—dijo el doctor.—Vamos, ¿los celos no le trastornarán la cabeza y se le antojarán los dedos huéspedes?

—Ya no se puede dudar, señor doctor amigo; es una gran descracia y una gran vergüenza.

— Vamos por partes; cuénteme usted y yo decidiré en qué grado de ofuscación está esa cabeza.

— No, esto no es para reir — repuso con melancolia el pobre marqués, hombre de gastada y viciosa naturaleza, pero de espíritu en extremo sensible. — Esta noche he presenciado una cosa horrenda.

— A ver... — dijo el doctor sonriendo, — tha sido algún terremoto, asesinato ó cosa asít... Los celos, los celos, señor D. Félix, son muy malos anteojos. Con ellos se ven las cosas en gran aumento y tan desfiguradas que no las conocemos.

- Cuando usted esté bien enterado no lo tomará á broma. Esta noche he visto á ese hombre de quien hablé á usted, le he visto entrar en la casa.

- tEn qué casat-preguntó Albarado con cierta disposición á tomar aquello en serio.

-4 En qué casa había de ser? Por vida de... En la suya. Ya usted sabe que anoche no quiso Susana asistir á la tertulia en casa de Porreño. Dijo que estaba mala y se quedó en casa. Pero yo sospechaba, salí, fui á observar y vi...

- Conque vió usted?

— Si, vi à ese hombre salir de la casa à hora bastante avanzada. Yo me enteré bien y sé que estuvo dentro más de dos horas.

—¿Usted está seguro de lo que dice? − preguntó con más interés el buen inquisidor.

—Creo que hace usted mal en bromear sobre este asunto indicó el marqués.

-iY ese hombre... es uno de esos por quienes se interesa tanto para que no les eche mano la Santa Inquisición?

— Justamente. ¿No le dije à usted que se hablaba mucho de eso y que todos los conocidos hacían mil comentarios?... Usted se rió entonces de mí. Pues ahí tiene usted como la cosa era cierta.

- Conque Susanilla... Pero es mucho carácter aquél. A

la verdad, señor marqués — añadió el inquisidor, — si lo que usted me dice es cierto, ello es cosa tremenda.

Y dando un fuerte puñetazo en la mesa, se levantó y muy agitado principió á dar paseos por la habitación.

— Usted sabe el interés que Susana se toma por ese canalla—dijo el marqués con creciente afficción.—¡Oh! desde que vi que ella no queria ir á casa de Porreño, precisamente en dia de gran sarao, no las tuve todas conmigo. Me puse en acecho...

— ¡Ah! no lo puedo creer — aseguró Albarado deteniéndose y cerrando los ojos. — Si Susana fuera capaz de semejante infamia... ¡Pero qué deshonra! ¡Qué vergüenza! Y ese hombre, ¡quién es³

 —Un endiablado francmasón. No está averiguada su clase y fines. Debe ser hombre perverso.

— Pero no nos confundamos, amigo D. Félix — dijo el doctor tratando de serenarse, — fijemos bien los términos del asunto. ¿Qué es á punto fijo lo que hav?

—Ni más ni menos que lo que ayer le dije á usted, señor doctor de mis pecados. Que la señorita doña Susana se ha prendado de ese hombre aborrecido, y con tanta violencia que anoche le ha recibido en su casa, á solas, cuando toda la familia estaba en casa de Porreño.

—¡Ah! usted se ha equivocado, señor marqués. Usted viene á volverme loco — exclamó con repentina cólera el buen consejero de la Suprema. — Susana es incapaz de...

— Ya se convencerá usted, señor doctor. No es la pena de usted más intensa que la mía. ¿Pero usted mismo no me ha dicho que había notado con mucha extrañeza las miradas y el carácter de Susana en estos últimos días?

— Si — dijo el inquisidor más irritado. — Si, si, yo habia notado en ella... No la conocía... yo me preguntaba: «¿Qué diablos tiene esa muchachat» ¡Oh! pero nunca creí... ¡Qué tiempos!

 $-i\mathbf{Y}$  no le ocurre à usted lo que es preciso hacer?—preguntó el marqués.

- ¿Qué?... no sé.

— Ya que el mal no puede evitarse, podrá al menos ocultarse.

—¡Ocultarse! ustedes con eso quedan tan contentos. Eso no me satisface, Pero esta deshonra me desespera... Yo no sé qué pensar... Aún lo dudo, y espero que sea una equivocación de usted. Si llego á adquirir la certidumbre de esa... Explíquese usted mejor, deme usted detalles.

-¿Todavía no está usted convencido? Vayamos pensando el modo de hacer desaparecer á ese miserable, y ya que la deshonra es imposible, ocultémosla mientras se pueda.

—¡Ah! no lo puedo creer — expresó el inquisidor con angustia,—¡Susana, Susanilla!... Pues yo juro que ese bribón nos las ha de pagar.

— ¡Y pretendía que su compañero fuese puesto en libertad!

- Buena les espera á los dos.

- ¡A la Inquisición! - dijo el marqués con ira.

—Sí, à la Inquisición. No puede decirse que nos valemos de ese Tribunal para una venganza personal, pues esos jóvenes son acusados de muy negros delitos contra la sociedad y la religión. Pero yo quiero interrogar á Susana y espero que ella misma me ha de confesar... Si ella misma se obstina en negármelo, cuando yo se lo pregunte como yo sé preguntárselo, lo dudaré toda mi vida.

—¡Y en esto ha venido á parar, señor doctor de mi alma, una aspiración tan noble y santa como la mía!—manifestó el marqués casi con las lágrimas en los ojos.—¡Yo que después de una vida agitada y borrascosa aspiraba á reposar de tanta fatiga!...¡Yo que deseaba formar una familia y vivir tranquilo amando y amado!

—Ès preciso hablar del caso à mi hermana y à mi cuñado. Ellos por fuerza han de tener antecedentes. Vamos allà.

— Permitame usted que no le acompañe. ¡Siento una pena al pensar que entro en esa casa donde yo esperé!... Y he quedado en ir esta noche para llevar á Susana á ese baile de la Pintosilla.

- ¿Ella se empeña en ir?

 Y con tal tenacidad que si no la acompaño se pondrá furiosa conmigo.

- AY será usted tan débil que la lleve à esos sitios?

— ¡Oh! si — dijo compungido el pobre marqués, — soy débil, no puedo negarle nada; me tiene fascinado. Crea usted que he llegado á tenerla miedo.

 — Es mucho carácter aquel — decia repetidas veces el inquisidor paseándose muy ensimismado. — Pero vamos allá.

- Pues vamos.

#### 11

Poco tardaron los personajes citados en trasladarse á casa del Sr. D. Miguel Enríquez de Cárdenas, el cual estaba encerrado en su despacho y en conversación muy calurosa con D. Buenaventura. Cuando sonaron en la puerta los golpecitos que anunciaban la visita del buen doctor y del afligido marqués, Rotondo se ocultó muy á prisa en una pieza inmediata y D. Miguel abrió. Al ver á sus dos amigos, pintóse en su semblante la mayor sorpresa; pero estamos autorizados para ereer que sospechaba á qué venían.

— Venimos á enterarte de un grave asunto — dijo el inquisidor. — Doloroso es, Miguel, pero no debemos rehuirlo con timidez, sino abordarlo con valor.

Pero tqué hay, qué es eso? — interrogó con apariencias de gran consternación el hermano del conde de Cerezuelo.

— Ya tú conoces el carácter de Susana — dijo el doctor. — Sabes cuánto la quiero; pero el amor que la tengo no es parte á ocultarme sus defectos, más bien hijos de una sensibilidad impresionable que de perversidad del corazón.

 - ¿Pero qué le pasa à Susana? ¿Qué ha hecho? Sacadme de una vez de esta espantosa duda — dijo D. Miguel,

— Susana, por triste que nos sea confesarlo, está agraviando con su conducta á tu familia y á la mía. Susana se ha prendado de un hombre indigno de ella, de un hombre despreciable por todas razones, ya se considere su condición y nacimiento, ya se considere su vida y oficio, su modo de vivir y sus ideas.

— En verdad que es cosa horrorosa — manifestó D. Miguel abriendo los ojos y la boca del modo que á él le parecía más propio para expresar la estupefacción.

— Susana es una de las jóvenes más ricas de la Corte; su hermosura la hace digna de enlazarse á un individuo de familia regia. Pero esta ligereza suya la pone al nivel de... vamos, no quiero pensarlo.

— Ni yo tampoco — contestó después de una pausa melodramática el Sr. Enríquez de Cárdenas.—No quiero pensarlo; pero ¿cómo has sabido... quién ha descubierto?...

— Pues has de saber que ese hombre ha entrado anoche aqui... en tu casa — dijo Albarado.

—¡En mi casa!...¡Oh! ¡Esto merece un castigo ejemplar!...

- Es preciso tomar pronto alguna determinación.

- ¿La enviaremos á Alcalá?

 — Ella no querrá ir. Conviene además que no haya el menor escándalo.

— ¡Qué muchacha, santo Dios! — exclamó D. Miguel. — Por Dios, no digáis nada á mi esposa. ¡Pero cómo habéis sabido!... ¡Qué corrupción! ¡Cómo pierden las jóvenes el pudor!... Contadme... El marqués, cada vez más tétrico, contó á D. Miguel lo que había visto la noche anterior, y con esto y las aclaraciones que dió el doctor, recordando palabras y hechos de la indomable doncella en aquellos dias, el Sr. de Cárdenas aparentó no tener duda alguna acerca de la realidad de aquel desastre doméstico.

El doctor no esforzaba mucho en descrédito de Susana sus consideraciones sobre la honestidad y el decoro de las mujeres. Allí el inexorable era D. Miguel, que hasta llegó à asegurar que no esperaba menos de persona tan caprichosa y frívola. El marqués ardía en deseos de venganza, pero esta pasión era en él reconcentrada y sorda: habíase calmado, y sin duda meditaba algún plan de difícil ejecución, porque enmudeció, y sólo con algún que otro monosilabo expresaba su conformidad al oir los terribles apóstrofes de D. Miguel. El inquisidor al fin quiso hablar del asunto con la propia Susana y salió, siendo su objeto emplear con ella la mayor delicadeza y habilidad, según exigía el áspero carácter de la nietecilla, á quien tanto amaba y tan bien conocía. Subió, pues, con este intento, y quedáronse solos el marqués y el noble hermano de Cerezuelo.

— Aún no vuelvo de mi asombro — dijo este, esperando que su amigo se prestaría á entablar una conversación llena de digresiones sobre la moral y la condición de las hembras.

Pero el marqués calló, dejando á Cárdenas en la plenitud de su inspiración.

- ¿Y qué noticias tenía usted de ese hombre? - preguntó luego.

—¡Ah! Detestables — contestó el marqués. — Pero nos las ha de pagar.

- ¿Usted le conoce?

- ¡Ah! No... Sólo de vista.

— Si se le pudiera alejar de aquí... Pues mandarle á Indias.

— No irá tan lejos por de pronto; pero al fin irá, irá más allá.

— ¡Qué gente tan perversa está apareciendo por todas partes! Le digo á usted que estoy horrorizado. ¿Si será cierto que va á haber una revolución y que...? Mejor es no pensarlo.

- De ese hombre no tema usted nada, que le arregla-

— ¿Qué piensan ustedes hacer con él?... Á ver... Cuénteme usted... Quiero saber...

- Por de pronto la Inquisición se encargará...

- 1Si7...

— ¡Pues está poco furioso el buen consejero de la Suprema!

— ¡Pobre joven! — díjo D. Miguel, distraido y sin reparar en la inconveniencia que de su boca salía.

- ¿Qué dice usted?

- No... Quiero decir... Bien merecido le está.

— A la cárcel con él. ¡Bueno soy yo para tener lástima á semejantes pájaros!

- ¿Y podrán ustedes echarle mano?

- Creo que si; mejor dicho, seguro estoy de que si, porque yo no he de parar hasta que lo consiga.

Y diciendo esto, el marqués se retiró sin más razones. Ya D. Miguel estaba seguro de que había bajado la escalera y salía por el portal cuando abrió la puerta del cuarto inmediato y entró el Sr. de Rotondo.

— ¿Ve usted? — le dijo Cárdenas con su sonrisa astuta y fria. — El marqués vió entrar à ese hombre. Si le dije à usted que éste tenia mucha travesura y experiencia para no caer de su burro. ¿No ha cido usted lo que ha dicho?

— Si—contestó sentándose D. Buenaventura. — Me parece que podemos rezarle un padre nuestro al pobre don

Martin.

- ¿Usted le prevendrá para que se ponga en salvo?

— Creo que debemos hacerlo así; porque, como usted me decía hace poco, el buen filósofo no podía haber hecho cosa mejor que agradar á Susanita. ¡Oh! Si él no fuera como es, es decir, un filósofo indomable lleno de preocupaciones, si él sintiera en su pecho las cosquillas del amor é hiciera un experimento revolucionario...

- ¡Oh!-dijo D. Miguel.-Creo que eso es pensar en lo excusado. Y la verdad es que la chica se ha prendado de él.

— Por de pronto le pondré sobre aviso, porque à poco que se descuide me lo zampan en la Inquisición, y nos hace gran falta.

- ¿Y después? — preguntó sonriendo el noble hermano de Cerezuelo. — Vamos, desarrolle usted su plan por completo. Yo me mareo al ver esas admirables combinaciones de usted. Ya se ve, con esa grande imaginación que Dios ie ha dado...

— Después... Es preciso ir con tiento. Si ese hombre tuviera un carácter más dócil y se dejara manejar, vería usted qué pronto estaba todo hecho; pero es intratable. Aun así yo pienso manejarme de tal modo que le meta de cabeza en nuestros asuntos, y así cuando intente salir del enredo no podrá: le tendremos en un puño y á merced de nuestra voluntad. Ese hombre, domado, es de un valor inmenso.

A este punto habían llegado de su conversación, cuando se sintieron unos golpecitos á la puerta.

- Es Sotillo - dijo D. Miguel, corriendo á abrir.

La siniestra figura de aquel joven que en la casa de la calle de San Opropio vimos de paso en compañía de un don Frutos, expresidiario y francmasón, penetró en el cuarto, y bien claro demostraba su avinagrado semblante que traía malas noticias.

- ¡Han venido las cartas? - le preguntó D. Buenaventura.

— Qué cartas ni quê ocho cuartos — contestó Sotillo sentandose sin ceremonia alguna. — Ocurren cosas muy gordas para pensar en cartas. Sepa usted, Sr. D. Buenaventura, que su libertad está en un tris y que á estas horas corren por Madrid diez ó doce pájaros gordos encargados de llevarle á dormir á la carcel de Villa.

— Ole, ole, parece que me van perdiendo el miedo dijo D. Buenaventura, más bien orgulloso que afligido de la persecución que sufria; — ya no se contentan con vigilarme, sino que me quieren echar mano

— Pues parece que por altas influencias se ha decidido à todo trance llevarle à usted à la carcel, y de allí... Dios

sabe donde.

—¡Ah! Yo tiemblo siempre que oigo hablar de estas casas — dijo con timidez D. Miguel, que era poco fuerte de corazón. — Si yo pudiera esconder á usted en mi casa...

 Vamos, desembucha punto por punto todo lo que sepas — dijo D. Buenaventura, sin hacer caso de la afficción

de su ilustre amigo.

— Pues parece que en manos del prior del convento de Ocaña han caído una porción de papeles del P. Matamala. Figúrese usted... y entre ellos algunos que podian arder en un candil, como son los del arcediano de Alcaraz, que estaban en cifra, y los de los tres coroneles de Aranjuez... Vamos, que se va à armar un lio...

— Pues hombre, es terrible cosa... Y este santo varón ha sido tan necio que se ha dejado... ¡Oh! ¡Por qué me fié

de frailes y canónigos!...

Al decir esto, el Sr. D. Buenaventura, dominado por violenta ira, dió un puñetazo en la mesa, y, levantándose, se paseó muy agitado por la habitación.

— Los papeles vinieron á toda prisa á Madrid, á Fr. Jerónimo creo que lo trasladan también para mandarle después no sé dónde, y á usted... Pues Godoy se jacta de haber

descubierto una conspiración contra el y el trono, conspiración dirigida por los ingleses.

Rotondo hizo un gesto despreciativo, y D. Miguel abrió la boca en señal de un estupor indudablemente épico.

- Pues esa es la cosa... - continuó Sotillo. - Han dicho que no hay más remedio que buscarle á usted á toda costa, ya que hasta hoy no ha sido posible echarle mano.

- Han descubierto la pista de la calle de San Opropio?-

preguntó vivamente Rotondo.

- No estoy seguro; mas andan tras ella con mucha fe. Pero ha de saber usted que hay un alguacil que ha prometido llevarle à usted esta noche entre sus uñas à la carcel de Villa.

- ¡A mi? - dijo Rotondo sonriendo con desdén.

- -Si, eso lo he sabido en la taberna de la calle de Mira el Río... y á fe que me costó más de tres cuartillos de vino averiguar quién era ese guapo. ¡Ay, Sr. D. Buenaventura, después dirá usted que gasto mucho! No sabe usted lo que cuesta descubrir esas y otras cosas, tales como las que voy á decir.
- ¡Qué? -También sé el sitio donde le echarán à usted el anzuelo. No es la calle de San Opropio.

- ¿Dónde, donde como?

-No es donde come, ni donde cena, ni donde charla, ni donde conspira, sino donde duerme.

- ¡En casa de...! - exclamó D. Ventura con el mayor

-¡En casa de...!- dijo Cárdenas no menos estupefacto.

- ¿Y cómo saben que duermo allí?

-Ahi verá usted. Él alguacil piensa cogerle a usted por sorpresa, sin resistencia alguna, entregado por las mismas personas en quienes usted tiene depositada toda su confianza. - ¡Por ella!... - dijo con violencia el Sr. de Rotondo. -

Eso es imposible.

-Eso es imposible - repitió Cárdenas.

- En fin, de todos modos, ya usted está prevenido, y

puede escurrir el bulto.

-No, ella no puede...-murmuró D. Ventura muy preocupado y meditabundo. - Y si fuera capaz, la abriria en

Para conocimiento de los sucesos que han de venir es preciso que el lector sepa dónde dormía el Sr. D. Buenaventura, lo cual será asunto del siguiente capítulo.

### CAPITULO XIII

La maja,

Acabado modelo de la maja era Vicenta Garduña, conocida por la Pintosilla, emperatriz de los barrios bajos, que ejercia dominio absoluto desde las Vistillas hasta el Salitre, temida en las tabernas, respetada en las zambras y festejos populares; mujer que había aterrado el barrio entero dando de puñetazos á su marido Pedro Potes, maestro de obra prima, y tan débil de carácter como largo de cuerpo, ¿Quién sería capaz de narrar las proezas de esta mujer ilustre, desde que descalabró á la castañera de la calle de la Esgrima hasta que dió de bofetadas á un duque muy grave en la Pradera del Corregidor, en medio del gentio y à las tres de la tarde? Lavapiés por un lado, y Maravillas y Barquillo por otro, fueron teatro de estas heroicidades que, tal vez más que sus naturales encantos. contribuyeron á hacerla interesante á los ojos de muchos personajes de la Corte de distintas clases y categorias.

El Zurdo, rey de los matuteros; Tres-Pelos, gran maestre de los tomadores del dos; el Ronquito, emperador de la ganzúa; Majoma, canciller de los barateros, y otros insígnes héroes de aquellos tiempos, eran cronistas fieles de sus hechos y dichos, disputándose todos el honor de bailar en su casa, de tomar parte en sus meriendas y de meter ruido

en sus frecuentes jaleos.

Pocas excursiones tenemos que hacer al campo de la historia para dar á conocer lo importante de la vida de esta heroína, que sólo entra en esta narración de pasada y como al acaso. Baste decir que la Pintosilla riñó por primera vez con Pedro Potes á los tres mesos de casada, y que desde entonces, y á causa de las ruidosas victorias alcanzadas sobre el débil consorte, adquirió el prestigio de que disfrutaba en el barrio, y su nombre corrió de extremo á extremo por toda la coronada villa. Si su hermosura no era extraordinaria, su gracia era tan picante que ocultaba todos los defectos, razón por la cual era galanteada por personas de todas jerarquías, y hasta se contó que cierto señorito de una principal familia fué desterrado y castigado por sus padres á causa de haber frecuentado más de la cuenta el bodegón de la Pintosilla.

Era en extremo generosa y hacía alarde de favorecer á los necesitados. Sus galanes, cuando los tuvo, gastaban más lujo del que correspondía á humildes menestrales de la clase popular. Los que procedían de más altas regiones sufrían sus desaires, pues cifraba todo su orgullo en humi-

llar á los grandes señores.

No pasaba día sin que riñera con sus vecinas, y siempre con tal furor que el altercado solía concluir con la intervención de la justicia. En una de estas epopeyas la Pintosilla fué à parar à la carcel, donde descalabró à cuatro presas, estropeó á cinco, concluyendo por pasearle las costillas à la guardiana, que era una mujer como un templo. Estas y otras expansiones de su ardiente espíritu pusieron á la pobre Vicenta Garduña á las puertas del presidio, y allí hubiera ido si un ángel tutelar no la sacara de la cárcel á costa de algún desembolso y de muchos empeños. Recibió esta señalada protección de un hombre que la había galanteado en vano durante muchos meses y que había tenido la buena idea de alejar para siempre de Madrid á Pedro Potes, estorbo sempiterno de los adoradores de Vicenta. Pero si las ofertas de un buen menaje y de un corazón amante, aunque algo pasado, no la ablandaron, la gratitud y cierto deseo de reposo inclinaron su ánimo, y decidió arreglarse con aquel célibe pacífico, entrado en años, rico y de trato afable, aunque por demás reservado y frío. Este fué el origen de las relaciones entre D. Buenaventura Rotondo y la Pintosilla.

En este, como en todos los actos de nuestro personaje, la prudencia y la precaución fueron por delante. Nadie lo sabía; la Pintosilla se vió obligada á variar de conducta, renunciando á los escándalos diarios y á las epopeyas callejeras, con lo cual, si la moralidad pública ganó mucho, el barrio perdió en parte su principal animación. No renunció, sin embargo, á su taberna ni á sus grandes y ruidosos jaleos por Pascuas, San Isidro, ferias y otras solemnidades religiosas ú oficiales, como por ejemplo, cuando nacia un principe ó princesa, ocasiones que el pueblo celebraba en-

tonces con febril entusiasmo.

Cuando principió la persecución contra D. Buenaventura, acusado de emisario secreto de los ingleses para promover obstáculos á la administración de Godoy, y el pobre señor se vió obligado á tener una casa para conferenciar con los suyos, y otra donde aparentaba residir, la amistad

de la Pintosilla le sirvió de mucho; el secreto en que había mantenido sus relaciones le permitía pernoctar descuidado en la calle de la Arganzuela, sin temor de traiciones ni sorpresas. Juzgue el lector cuál seria su asombro cuando Sotillo le anunció que había el proyecto de aprehenderle en casa de Vicenta, entregado y vendido por ella misma. Aunque no tenía confianza en nadie, nunca creyó á la Pintosilla capaz de semejante infamia, y por eso exclamó abriendo la boca con tanto estupor como el Sr. de Cárdenas:

- ¡Si fuera capaz... la abriría en canal!

Los alguaciles que se ocupaban noche y dia en seguir la pista al emisario de la nación inglesa, descubrieron al fin donde dormía. Uno de ellos, que era parroquiano asiduo de la taberna, entabló con Pintosilla las primeras negociaciones para la entrega de D. Buenaventura, y Vicenta fingió condescender aceptando el soborno que se le ofrecia. Estas negociaciones cundieron de la taberna de la Arganzuela à la taberna de Mira el Rio, donde Sotillo, que era de los que tienen medio cuerpo entre los malhechores y el otro medio entre los alguaciles, las adivinó con su finisimo olfato, adquiriendo después pormenores curiosos mediante el gasto de algunos cuartillos de vino.

Los alguaciles, cansados de las mil tentativas frustradas que constituian la historia de sus pesquisas tras D. Buenaventura, á causa de las muchas precauciones de éste, llegaron à cobrarle miedo y á creer que algún ente infernal le protegia. Juzgaron más fácil cogerle por la astucia que por la fuerza, y averiguado el sitio donde dormia, les pareció más hacedero el soborno que el asalto. Convinieron, pues, con Vicenta en que ésta cerraria cierta puerta de escape que á lo largo de un pasadizo daba salida por la Costanilla de la Arganzuela, y ellos entrarían de improviso por la taberna, subiendo á las habitaciones superiores para cogerle

como en una ratonera.

Sotillo se enteró de este pequeño plan, que no hacía honor ciertamente á la policia española de aquellos tiempos, y esta falta de secreto lo hubiera hecho fracasar, si, por otra parte, la condescendencia de la Pintosilla no fuera una farsa ideada para burlarse de los ministriles y dar un bromazo á cualquiera de los que habían de asistir á su baile en aquella memorable noche.

II

Mientras se hacían los preparativos de esta fiesta, veamos lo que le pasaba à Martin Muriel, amenazado de caer, como su amigo, en las garras de la Inquisición, gracias al despecho del marqués de Fregenal, apasionado en sus maduros años de la famosa Susanita. El doctor no había oído sin cierta repugnancia el anuncio de que Martín iba á ser delatado al Santo Tribunal sin otro motivo patente que haber merecido la afición de la joven. Pero se consoló el buen consejero de la Suprema al oir de boca del marqués un fiel relato de los crimenes de la francmasonería, brujería y demás diabólicas artes que practicaba el joven. Esto le hizo creer que había motivos justos para no sofocar los impetus vengativos del marqués, y que la religión y la sociedad se libraban de un terrible enemigo con sólo atar corto á aquel hombre insolente que atrevidamente insultaba las cosas más santas y venerables. La delación fué hecha, y aquella tarde, cuando Martín se preparaba á salir, los esbirros del célebre Tribunal tocaron á la puerta de su casa.

Cuando Alifonso vió por el ventanillo las cruces verdes, su terror fué tal que á punto estuvo de caer redondo al suelo. Más muerto que vivo corrió al cuarto de su amo, y exclamó:

- ¡Señor, señor, ahi están, ellos, ellos son!

- ¿Quién está ahí, quién puede ser?

— Esos... — contestó, temblando de miedo el barbero,— esos que vinieron por D. Leonardo... ¡Ah, la perra de la tía, Visitación!...

— ¡La Inquisición! — exclamó el otro. — Huyamos, ¿Por

- Venga usted - dijo Alifonso, dirigiéndose más rápido

que una flecha á lo interior de la casa.

El miedo le daba alas, y Martín, que no creía fácil defenderse contra tal gente, le siguió sin esperar un momento. Al entrar precipitadamente en la cocina, doña Visitación, que acudía llamada por los campanillazos, recibió el violento impulso de la carrera de Alifonso, y cayó al suelo. Amo y criado pasaron sobre ella, y la infeliz quedó magullada y contusa, exclamando: «¡Ladrones, ladrones!»

Los fugitivos treparon por una escalera que conducía al desyán; desde allí pasaron á una trastera, de ésta al tejado y por aqui á la casa del tintorero, que ya había dado asilo à Alifonso en los tremendos dias de la prisión de Leonardo; pero en vez de quedarse alli, seguros de que serian perseguidos, salieron á la calle inmediata, que era la de Lavapiés, y se alejaron á toda prisa, pero con el mayor disimulo. Esta vez los esbirros inquisitoriales erraron el golpe, y cuando la puerta de la casa habitada por la francmasonería se abrió sólo encontraron el cuerpo inerte de doña Visitación, tendido en el mismo sitio de la caida, y no pudieron menos de mirarse unos á otros con asombro cuando la pobre mujer aseguró con voz entrecortada y angustiosa que Alifonso y D. Martín se habían ido por los aires caballeros en dos escobas, despidiendo llamas oliendo azufre y profiriendo mil maldiciones contra el Señor y su Santisima Madre. Los inquisidores no pudieron menos de exclamar: «¡Lo que se nos ha escapado!»

Registraron aquella casa y las inmediatas, pero los francmasones no parecieron. Alguien aseguró que se habían convertido en humo negro, hediondo y sofocante,

que se difundió por los aires.

III

Al principio los fugitivos marcharon sin dirección fija, cuidándose tan sólo de alejarse lo más posible; pero cuando se juzgaron seguros, Martín pensó que convenía poner aquel suceso en conocimiento de D. Buenaventura, y con este propósito se dirigió á la calle de San Oprobio, donde estaba Rotondo enfrascado en animadisima conversación con D. Frutos.

Martín dejó à Alifonso en la calle, encargandole que le

aguardara, entró y subió.

— ¡Cuânto me alegro de verle á usted, amiguito! — dijo D. Buenaventura. — Precisamente necesitaba hablar á usted para ponerle sobre aviso. Sé que le tienen destinado á pasar unos días en la Inquisición para que descanse allí tranquilamente de su agitada vida.

- Ya lo sé, pero felizmente...
- Por quién lo sabe usted?

—Por ellos, que ahora estarán registrando mi casa y mis papeles. He escapado por milagro.

- ¡Ah! ¡Ya le han ido á visitar á usted? ¡Qué puntuales son! — Puesto en salvo afirmó Martín con ira,—yo les juro que he de vender cara mi vida.

— Pues, amiguito, á mí me pasa lo mismo-dijo Rotondo, cruzándose de brazos;—también á mí me persiguen, y hay quien ha prometido solemnemente entregarme esta noche misma vivo ó muerto.

—; Esto es horroroso! – observó Muriel, — soy inocente: nadie me puede acusar del más pequeño delito; no he ofendido á ningún ser vivo, y me veo perseguido, amenazado de muerte y de deshoñra por ocultos enemigos. Nada puede garantizar al hombre su vida, su independencia, su tranquilidad. Es tal la condición de los tiempos presentes, que cualquier delación infame, hecha por boca de un desconocido, nos encierra tal vez para siempre en esos sepulcros de vivos que espantan más que la misma muerte.

—Sí-dijo Rotondo,—es horroroso. ¡Y se espantarán de que haya hombres de ánimo valeroso que se propongan acabar con todo esto! Ya recordará usted lo que hablamos aquí á poco de llegar usted á la Corte.

— Si, y usted creía lo más oportuno llegar á ese fin por medio de la astucia, cuando yo le decia que no había otro recurso que la fuerza.

- Es verdad que entonces dije eso, y aun lo sostengo; no conoce usted, amigo mío, la tierra que pisa. Entonces usted no consideró mis proyectos ni aun dignos de fijar su atención. ¡Oh! si aquí nada se logra, consiste en que los que desean una misma cosa no se ponen de acuerdo en los medios para llegar á ella.

— Es cierto — dijo Martín, — que por lo poco que usted me confió no comprendí que hubiera en sus propósitos una alta idea, sino tan sólo la satisfacción de mezquinos resentimientos. Usted quiere variar de personas dejando en pie todo lo demás.

— De cualquier manera que sea, en vez de discutir qué medio es mejor, mo sería más conveniente poner en práctica uno cualquiera? ¿Qué puede usted hacer solo? Los que piensan como usted son contadísimos, D. Martin, mientras yo puedo decir que entre los mios está media España.

— Si eso fuera así... — contestó el otro, profundamente pensativo.

— Desde que nos vimos comprendi que usted era un hombre de mérito y el más á propósito para poner término a una gran empresa que acabara con esta sociedad miserable y corrompida, echando los cimientos de otra nueva. Nada le falta á usted si no es un poco de docilidad para

ceñirse por algún tiempo á voluntades superiores encargadas de dar unidad al plan revolucionario.

— Pero usted no me quiso decir quiénes eran esas voluntades superiores, ni cuál el plan, ni... usted no me dijo nada—contestó Martin con cierto afán.

— No podía ni debía hacerlo sin estar seguro de su adhesión. Y ahora, después de tantas persecuciones, de tantos vejámenes, cuando vemos pendiente nuestra vida y nuestra libertad de la delación de cualquier mal intencionado, ¿vacilará usted en asociar su esfuerzo á los esfuerzos de los demás?

- ¡Oh! no-replicó Martín con creciente ira, - no; allí donde esté uno que jure el exterminio de tantas infamias, alli estaré yo, cualesquiera que sean los medios de que se ha de hacer uso. Las circunstancias me han reducido á la desesperación, tengo que vivir oculto, tengo que hacer la vida de los facinercsos y mentir por sistema engañando á cuantos me rodeen para poder burlar esta inicua persecución. ¡Y extrañarán que seamos atrevidos y violentos, que odiemos con todo nuestro espíritu, que seamos crueles é implacables con la muchedumbre supersticiosa, con los grandes, con el clero, con la Corte, con el gobierno! Solo, sin recursos, perseguido injustamente, maltratado sin motivo, la sociedad me empuja hacia el bandolerismo. Si yo tuviera distintos sentimientos de los que tengo, mi vida futura estaria trazada, y no vacilaria; pero yo no puedo transigir con la maldad; yo soy bueno, yo soy honrado, y á pesar de toda la fuerza de mis odios, no mancharia con ningún crimen las ideas que profeso. ¡Malvados! ¡Después de corromper al pueblo y de inspirarle toda clase de delitos, rellenan con él los presidios y las cárceles de la Inquisición! ¿Qué podemos hacer en esta sociedad? Si luchar con ella es imposible, provoquémosla hasta que acabe de una vez con nosotros, ó huyamos á tierra extranjera donde los hombres puedan existir sin ser cazados y enjaulados como fieras.

Esta elocuente protesta impresiono à D. Frutos, que no pudo contener su entusiasmo é hizo sonreir à D. Buenaventura con cierta expresión que quería decir: « Ya es de los nuestros». El joven estaba exaltado y lívido; su cólera era siempre tan comunicativa, que ninguno había más à propósito para transmitir à los demás sus propios sentimientos.

— Bien, bien — dijo Rotondo, — hombres de ese temple son los que hacen falta. Lo que conviene ahora es esperar, esperar, La obra es grande y menos dificil de lo que parece cuando hay hombres como usted.

- Esperar! - exclamó Martín con la misma alteración. - ¡Ahl ¡Y vo que creía conseguir de esa familia aborrecida la libertad de Leonardo! Usted se equivocó al aconsejarme que implorara su protección. Yo acerté al desconfiar de esa gente, à la cual debo la prisión y muerte de mi padre, el abandono de mi hermano. ¡Infames! Desde que entré en la casa me inspiró recelo aquella dama orgullosa y antojadiza, aquel viejo zalamero é hipócrita. ¡Y afectaron recibirme con benevolencia! ¡Y la taimada me prometió interceder con ese inquisidor que usted me pintara como modelo de humanidad! La verdad es que esa mujer obedece sólo á ciegos instintos y á los arrebatos de una naturaleza apasionada que puede facilmente llevarla à los mayores crimenes. ¡De ella, de ella ha de proceder esta delación inicua; de ella, que no pudo hacer de mi un esclavo de sus livianos caprichos; de ella, que se goza con verme humillado por sus coqueterías y su hermosura, como si yo fuera un imbécil petimetre aturdido por la vanidad y la concupiscencia! ¡Ah! ¡Qué ruines sentimientos! Ella y la corte de ridículos seres que la rodean son autores de esta persecución. ¡Era preciso lavar la mancha caída en la familia por la supuesta afición de una dama como ella hacia un hombre como yo! Desdichados de nosotros que no somos otra cosa que un vil juguete puesto à merced de sus caprichos ó de sus rencores!

- ¿Y usted está seguro que la delación procede de ella?-

preguntó D. Buenaventura.

—Sí; no puede venir de otro lado este golpe infame. En pocos días de trato he podido conocer su carácter tornadizo, propenso á las resoluciones violentas, dispuesto á amar ó aborrecer sin causas reales. La conozco; ella, ella ha sido.

- Pues mis informes son de que había concebido una

repentina y fuerte pasión por usted.

Hay seres en cuyos corazones no se puede deslindar el amor del odio. Más que amor, sienten pasajeras impresiones que suelen resolverse en un rencor despiadado y vengativo. Esas personas de extremado orgullo hacen pagar muy cara la flaqueza de haber sentido inclinación hacia alguno. ¡Ella, ella ha sido!

- No lo creo - dijo Rotondo con intención de escudri-

ñar mejor sus sentimientos respecto á Susana.

- ¡Ah! Pero ya sé lo que tengo que hacer - añadió

Martin subitamente y con decisión.

- ¿Qué? - preguntaron con curiosidad D. Frutos y Rotondo.

- Irremisiblemente lo haré. Es una resolución inquebrantable.

- ¿Qué piensa usted hacer?

— Puesto que me han traído á este extremo, ya sé lo que me corresponde hacer. A esta gente es preciso tratarla como se merece.

- ¿Qué resolución es esa? Alguna venganza.

— Si — afirmó Martín con la mayor entereza. — Pienso apoderarme de ella y anunciar à la familia que no podrá rescatarla mientras Leonardo no sea puesto en libertad.

- ¿Secuestrarla? - preguntó D. Buenaventura.

- En rehenes! - dijo D. Frutos.

— Sí, yo sabré apoderarme de ella, aunque tenga que habérmelas con medio Madrid.

 ¡Oh!... Ese medio... — apuntó D. Buenaventura tratando de disimular su complacencia — Pero es peligroso, es dificilísimo.

- Será muy fácil si encuentro quien me ayude.

En aquel momento D. Frutos se levantó, y, poniêndose la mano en el pecho, dijo á Muriel con entereza:

- Cuente usted conmigo.

Martín no hizo caso, y continuó paseándose por la habi-

— Si usted consigue llevar à cabo ese propósito con felicidad — dijo D. Buenaventura — es seguro que verá libre à D. Leonardo, ¿Se cree usted con fuerzast...

- Si, con fuerzas para eso y para más.

— Pues bien... — añadió Rotondo después de meditar un rato y aparentando que aquel asunto no le importaba gran cosa; — yo le voy á proporcionar á usted la ocasión.

- Cuándo?

-- Esta misma noche.

- 1Dónde?

— En un sitio à que concurrirà Susanita, y donde serà muy facil lo que usted intenta. Seguro, segurisimo. Ni à pedir de boca.

- 1Y qué sitio es ese?

- Ella va esta noche à cierto baile de candil en los barrios bajos.

- ¡Cómo lo sabe usted?

 Conozco las interioridades de esa casa tan bien como las de otras muchas de Madrid.

- Recuerdo, en efecto, que D. Lino me habló de ese baile... Pero la familia se oponía à que fuera.

- Irá!

- ilrát iUsted está segurot

— Sí; vea usted cómo le proporciono la satisfacción de su deseo, no sin cierto egoísmo, se entiende. Desde hoy usted será de los míos. Usted es un tesoro inapreciable, Sr. D. Martin. Con hombres así no dudo ya de la regeneción de España. Pero vamos á ver. Es preciso buscar un sitio donde ocultarse y ocultarla.

- Ya le encontraremos.

— No es preciso buscarlo. Yo también en este asunto salgo en su ayuda. Esta casa es á propósito. Tiene sus escondrijos para el caso de que los alguaciles se metieran en ella. Mi refugio ha sido desde hace mucho tiempo, y lo será más ahora, cuando hay quien ha prometido entregarme vivo ó muerto.

- ¿También á usted?

— Ya; yo soy la pesadilla de cierto elevado personaje. ¡Y qué gustazo le daría si me dejara coger! Pero no, no lo verán. No habian ellos concluído de arreglar el modo de prenderme, cuando ya lo sabía yo.

- ¿Y qué hace usted para evitarlo?

- 10h! Ya tengo tomadas mis precauciones, y no me cogerán desprevenido.

- Piensan cogerle à usted?

- No, esta madriguera no la han descubierto todavía.

Y si la descubren, ya tenemos por donde escapar.

El diálogo duró hasta la caída de la tarde, siempre animado y versando sobre el mismo tema. La noché arrojó sus sombras sobre aquella triste mansión; el loco callaba, retirado en su guarida, y sólo las voces agitadas de aquellos tres hombres turbaron el profundo silencio, hasta que al fin se les vió desfilar uno tras otro por el corredor, bajar y salir juntos, después de atravesar el patio interior por cierta puerta que daba á las afueras de Madrid, cerca de los Pozos de Nieve.

## CAPÍTULO XIV

# El baile de candil.

I

No hacia mucho que habían dado las ocho cuando la Pintosilla principió á recibir á sus numerosos convidados. Dos candiles pendientes del techo tenian la misión de alumbrar el recinto, lo cual no hubieran podido realizar si no recibieran ayuda de un quinqué comprado exprofeso para que el humilde bodegón se pareciera lo más posible á los estrados de la gente de tono. Renunciamos á describir el buffet, como hoy decimos, que consistía en una especie de altar cubierto con una colcha encargada del papel de tapiz; ni nos ocuparemos del sinnúmero de botellas que sobre él había, puestas por orden como los potes de una farmacia, aunque sin letrero donde constara su contenido, que era vino de distintas variedades y colores.

El primero que entró fué Paco Perol, con su capa terciada, su gran sombrero de medio queso y su guitarra, que rasgueaba con mucha destreza. Siguió la elegante y simpática verdulera del Rastro Damiana Mochuelo, y después la distinguida y airosa Monifacia Colchón, comercianta en higado, tripa y sangre de vaca, y después Gorio Rendija, opulento ropavejero de la calle del Oso, seguido de la interesante castañera denominada La Fraita, establecida en el Mesón de Paredes. Vino luego el discreto Meneos, majo devoto que se ocupaba en avudar misas y en remendar trapos viejos, y después la elegantisima y majestuosa Andrea la Naranjera, que era una de las notabilidades de la Ribera de Curtidores. No tardó nada el aprocechado joven llamado Pocas-Bragas, que venía de viajar por las principales capitales de Europa, tales como Melilla y Ceuta, ni faltó el respetable y eminente hombre de Estado, llamado Tio Suspiro, maestro de las escuelas establecidas en la Carrera de San Francisco para alivio de bolsillos y desconsuelo de caminantes. Estos y otros esclarecidos personajes de ambos sexos llenaron el bodegón; sonó la guitarra, tocada por el bizarro puntillero de la Plaza de Madrid, Blas Cuchara, y Rendija echó al viento con poderosa voz la primera tirana.

- Pero hay pocos estrumentos - dijo la Fraila. - ¡Eh! tú, Pocas-Bragas, ¿por qué no has traido la guitarra?

— Denguno toca como él — añadió Monifacia, haciendo fijar la atención en el aludido. — Sabe tocar hasta el minuete, que lo aprendió en el presillo...

— ¿Qué es eso de presillos? — dijo el distinguido joven. — No me enriten, que cada uno tiene sus recobecos en la concencia... Pero este pelafustrán de Meneos, que sabe tocar el bajón y el clarinete... Tía Pintosilla, yo que usted trajera la orquesta de los tres coliseos de Madril.

 Vamos, vamos, que se impacienta el auditorio — observó con gravedad el tío Suspiro. — Música, y sáquense á bailar. ¡Ah! Cuchara, saca á Damiana, que se está pu-